

PETER S. BEAGLE

# El último



# unicornio

Ésta es la historia de una hermosa unicornia que un día descubre que se ha convertido en la última de su especie. Por ello, decide emprender un arriesgado viaje para buscar al resto de sus congéneres, que desaparecieron misteriosamente hace mucho tiempo. Ayudada por Schmendrick el Mago, cuya magia rara vez funciona, y por Molly Grue, la compañera del famoso capitán Cully de los bosques, se encaminará al país del rey Haggard a buscar al Toro Rojo, ya que ambos parecen ser la clave del misterio.

Pero en su travesía no sólo ocurrirán cientos de sucesos, sino que desfilarán ante nosotros una galería de personajes inolvidables, como una mariposa parlanchina que compone poesía, una malvada bruja llamada Mamá Fortuna o un gato que en sus ratos libres inventa acertijos. Todos ellos nos transportarán a un mundo maravilloso repleto de magia, fantasía y sueños en el que la búsqueda de la verdad primará por encima de todo.

UNA OBRA CLÁSICA A LA ALTURA DE LEWIS CARROLL O J. R.R. TOLKIEN.

INCLUYE EL RELATO INÉDITO DOS CORAZONES, LA CONTINUACIÓN DE EL ÚLTIMO UNICORNIO.

*A la memoria del doctor Olfert Dapper,  
que vio un unicornio salvaje en los bosques  
de Maine en 1673, y para Robert Nathan,  
que ha visto uno o dos en Los Ángeles*

# EL ÚLTIMO UNICORNIO

## INTRODUCCIÓN

En abril de 1968, cuando estaba a punto de publicarse *El último unicornio*, escribí un artículo para el *San Francisco Chronicle*. Yo vivía en una casucha destartalada y sin calefacción en una ladera cubierta de secuoyas, unos cuantos kilómetros a las afueras de Santa Cruz, con mi joven familia, un perro, una paloma (compañera inseparable del perro) y una colonia de gatos que aumentaba y disminuía constantemente. Allí escribí *El último unicornio* y, cuando acabé, aborrecía el libro: me parecía un fracaso absoluto y me daba vergüenza. Lo aborrecí por lo menos durante un año, pero después —he intentado describirlo en aquel artículo, que se reimprime aquí por primera vez— algo ocurrió...

Hace algunas noches, leyendo fragmentos de *El último unicornio* en una cafetería de Santa Cruz, descubrí que el libro me agrada. Era el capítulo del bosque: la escena en la que aparecen el forajido del capitán Cully y sus pobres hombres. El público reía y fue bastante agradable. (Creo que, para un escritor, el infierno consistiría en escribir y corregir por toda la eternidad algo supuestamente divertido). Pero lo importante no fue eso. En algún punto, literalmente entre frase y frase, caí en la cuenta de que había escrito un buen libro. Desde entonces me siento algo aturdido.

Vivir con un libro resulta muy extraño, no sólo mientras lo escribes, sino mucho después, cuando empiezas a darte cuenta de lo que has escrito y tienes que aceptarlo. Empecé a escribir *El último unicornio* en el ve-

rano de 1962, lo interrumpí al cabo de unas ochenta y cinco páginas, porque estaba harto y no se me ocurría nada, emprendí el viaje que se convirtió en *I See By My Outfit* y finalmente volví a ponerme a trabajar en aquella historia sobre un unicornio. De aquel mal comienzo se salvaron un solo capítulo y una canción.

La fui inventando mientras la escribía, intentando (en la medida en que me planteaba lo que estaba haciendo) mantener abiertas mis opciones todo el tiempo posible, metiéndome deliberadamente en camisas de once varas y haciendo un trabajo preliminar que tal vez desarrollara o tal vez no, según cuadrara con la historia y con sus personajes. Cuando tenía ganas de componer una cancioncilla o, simplemente, de escribir algo que rimara —para mí, aquellas canciones son mis pequeñas aventuras amorosas, las guindas del pastel—, la componía y, cuando estaba seguro de que era el momento de incorporar a alguien a la historia, cuando no se podía seguir más sin que apareciera en escena un personaje nuevo, esperaba, arriesgándome a que quien se presentara fuera la persona adecuada. Schmendrick el Mago entró en la historia procedente de los cuentos que solía contarle a mi hija mayor a la hora de ir a dormir y en una de mis pinturas preferidas desde los quince años aparecen unicornios y toros. El gato es uno de los nuestros. No estoy seguro de dónde salieron las demás personas y seres del cuento, aunque tengo algunas hipótesis. El rey Haggard se hizo esperar mucho.

A pesar de tanta espontaneidad, la verdad es que *El último unicornio* fue un trabajo deleznable e ingrato, que, salvo de vez en cuando, me hizo sudar. Salió de retorcer y exprimir una imaginación que nunca pensó que tuviera mucho que ofrecer. Atravesé ciclos sombríos de depresión y repugnancia, aligerados de vez en cuando por períodos en los que pensaba que el libro

había sido una mala idea desde el principio y por lo menos no me daba la impresión de estar estropeando algo bonito. Sin embargo, la mayor parte del tiempo sabía que la unicornia, Schmendrick, Lír, Molly Grue y todos los demás estaban vivos y que yo les estaba fallando. No estaba seguro de si aquello era lo peor que podía sentir un escritor, porque todavía soy novato en el oficio, pero es lo peor que he conocido hasta ahora.

Es preferible reservar la creación de literatura fantástica a aquellos que no tienen nada mejor que hacer, como demuestran los cuentos de hadas de escritores por lo demás talentosos, como Robert Graves y John Ciardi. No se trata tan sólo de la dificultad de hacerlo bien, sin caer desde la cuerda floja a los fríos pozos de la alegoría o el capricho insensato; lo que más cansa es que, por más que lo consigas, tu único mérito será haber escrito una fantasía. ¿Y qué? La vida es peligrosa y el escapismo se ha convertido en una mala palabra. Yo me siento igual, digno hijo de mi propia época crítica. Escribiría libros de otro tipo, de los de verdad, si pudiera. Iría al grano, si pudiera.

Sin embargo, coincido con Disraeli cuando afirma: «Señora, si quiero leer un buen libro, lo escribo». Escribí *El último unicornio* para leerlo yo y por ningún otro motivo que se me ocurra en este momento y, cuando por fin lo acabé y bajé de la cuerda floja, no podía ni mirarlo. Agradó a algunas personas cuya opinión suponía mucho para mí y me alegré, pero daba igual. Sólo me veía a mí mismo escribiendo el texto como un mercenario: sin gracia, sin amor y sin placer. ¡Qué manera más siniestra de tratar a un unicornio!

Pero está bien, está bien, ¡el libro es bueno! Ahora estoy tan seguro de ello que es lo único que importa, aunque *El último unicornio* esté en las mesas de saldos antes de que acabe el curso. El muy puñetero está

llo de felicidad y no sé de dónde sale, porque te aseguro que no recuerdo habérsela puesto yo.

Hace cuarenta años que cuento esta historia a los lectores y al público en vivo. Nunca lo he dicho mejor que entonces (ni siquiera igual de bien) y ahora no voy a tratar de mejorarlo. Me conmueve profundamente, de formas sobre las cuales no suelo hablar y que había olvidado casi por completo hasta que releí la obra para preparar esta reedición. Tenía veintinueve años cuando escribí aquel artículo y estaba tratando de aprender a mantener a una esposa y tres niños pequeños (y a todos aquellos gatos) con mis ingresos como autónomo. El dinero cundía mucho más en aquella época y con lo que se cobraba como adelanto por un libro podías vivir un tiempo, pero, de todos modos, había muchos meses en los que no conseguía ni siquiera cien dólares para pagar el alquiler y en la temporada de lluvias nos quedábamos sin luz durante semanas y teníamos que ir a refugiarnos a la casa de mi cuñada, que vivía en la ciudad... suponiendo que el coche arrancara y que pudiéramos bajar por el camino de montaña inundado y lleno de rocas. Así era el mundo en el que se escribió *El último unicornio*.

A pesar de todo, como un año después de que se publicara el artículo en el *Chronicle*, cuando nos mudamos a una casa más grande en la zona de Watsonville (una mansión en comparación con la casucha roja), yo fui el único que sintió algo de nostalgia al marchar. Regresé varias veces para meter en el coche todos los animales y cada vez recorría la casa vacía y el terreno agreste que la rodeaba — en la actualidad está todo pavimentado y aburguesado—, me demoraba en el establo casi en ruinas en medio del bosque, donde sudé tinta tanto tiempo con el puñetero libro; en el dormitorio de atrás, donde trabajaba por la noche o cuando hacía mal tiempo; en la cocina, donde me di un buen susto a mí mismo, una tarde, al crear la arpía; en el



dormitorio de mi hija mayor, donde solía contarle todas las noches las aventuras del peor mago del mundo...

Fui feliz allí. Pasé miedo —¡qué duda cabe!—, pero fui feliz. No me di cuenta hasta aquella noche en la cafetería, cuando finalmente pude leer mi propio libro y verlo tal cual era.

*Peter S. Beagle  
Oakland, California  
Abril del 2007*

## CAPÍTULO 1

La unicornia vivía completamente sola en un bosque de lilas. Aunque no lo sabía, era muy vieja y ya no tenía el color descuidado de la espuma del mar, sino el color de la nieve que cae en las noches de luna, pero seguía viendo con claridad y sin cansancio y moviéndose como una sombra sobre el mar.

No se parecía en nada a un caballo astado —a menudo se representa así a los unicornios—, sino que era más pequeña, tenía la pezuña hendida y poseía aquella gracia tan antigua y tan salvaje que los caballos no han tenido jamás, que los ciervos intentan imitar tímidamente y que las cabras remedan cuando bailan. Como su cuello era largo y fino, su cabeza parecía más pequeña de lo que realmente era y las crines que le caían casi hasta la mitad del lomo eran tan suaves como la pelusa del diente de león y tan finas como los cirros. Tenía las orejas puntiagudas y las patas delgadas, con plumas de pelo blanco en los tobillos, y aun en plena noche el cuerno largo que tenía encima de los ojos brillaba y se estremecía con su propia luz nacarada; con él había matado dragones, había curado a un rey cuya herida infectada no acababa de cicatrizar y había derribado castañas maduras para los oseznos.

Los unicornios son inmortales. Por naturaleza, viven solos en un lugar, por lo general un bosque donde haya una charca de agua transparente en la que puedan verse, puesto que son algo vanidosos y saben perfectamente que son los seres más bellos del mundo, además de ser mágicos. Se aparecen muy pocas veces y no hay lugar más encantado

que aquel en el que ha nacido un unicornio. La última vez que había visto a otro unicornio, las jóvenes doncellas que todavía iban a verla de vez en cuando la habían llamado en una lengua distinta, pero ella no tenía la menor idea de meses ni de años ni de siglos ni de estaciones siquiera. En su bosque era siempre primavera, porque ella vivía allí y deambulaba todo el día entre las grandes hayas, cuidando a los animales que vivían en el suelo y bajo las matas, en nidos y cuevas, en madrigueras y en las copas de los árboles. Generación tras generación, tanto lobos como conejos cazaban, amaban, se reproducían y morían y, como ella no había nada de todo eso, no se cansaba nunca de observarlos.

Un buen día, dos hombres armados con arcos penetraron en su bosque a caballo, a la caza de ciervos. La unicornia los siguió con tanta cautela que ni siquiera los caballos advirtieron su presencia. Ver a los hombres reavivaba en ella una vieja sensación, lenta y extraña, mezcla de ternura y terror. Hacía todo lo posible para que no la vieran, pero le agradaba verlos pasar a caballo y escuchar lo que decían.

—Este bosque me produce una sensación desagradable —rezongó el mayor de los dos cazadores—. Todos los animales que viven en bosques de unicornios acaban aprendiendo algo de magia, sobre todo lo de desaparecer. Aquí no encontraremos nada.

—Los unicornios desaparecieron hace mucho tiempo —dijo el otro—, suponiendo que hayan existido alguna vez. Este es un bosque como otro cualquiera.

—Entonces, ¿por qué aquí no caen nunca las hojas ni la nieve? Te aseguro que queda un solo unicornio en el mundo y le deseo mucha suerte al pobre solitario y, mientras viva en este bosque, ningún cazador se llévala a casa ni un triste pajarillo. Anda, vamos, ya lo veías. Yo ya sé cómo son los unicornios...

—Será por los libros —contestó el otro—; sólo por libros, cuentos y canciones, porque más de tres reyes han

pasado sin que corrieran rumores de que se hubiese visto un unicornio en este país ni en ningún otro. Y tú no sabes más de unicornios que yo, porque los dos hemos leído los mismos libros y hemos escuchado las mismas historias y yo tampoco he visto ninguno.

El primer cazador permaneció un rato en silencio, mientras el segundo silbaba para sí, malhumorado, hasta que aquel dijo:

—Mi bisabuela vio un unicornio una vez. Me lo contaba cuando yo era pequeño.

—¡No me digas! ¿Y lo capturó con una brida de oro?

—No, porque no la tenía. No hace falta una brida de oro para atrapar un unicornio: eso es un cuento. Sólo tienes que ser puro de corazón.

—Ya, ya —rio entre dientes el más joven—. ¿Y lo montó a pelo, bajo los árboles, como una ninfa en los albores del mundo?

—A mi bisabuela le daban miedo los animales grandes —dijo el primer cazador—, así que, en lugar de montarlo, se sentó muy quieta y el unicornio apoyó la cabeza en su regazo y se quedó dormido. Mi bisabuela no se movió hasta que él despertó.

—¿Qué aspecto tenía? Plinio dice que los unicornios son muy feroces, con el resto del cuerpo semejante al de los caballos, pero con cabeza de ciervo, patas de elefante, cola de oso, voz profunda y fuerte y un solo cuerno negro, de un metro de largo, y los chinos...

—Lo único que dijo mi bisabuela es que el unicornio olía bien. Ella no soportaba el olor de ningún animal, ni siquiera un gato o una vaca, y mucho menos un animal salvaje, pero le encantó el olor del unicornio. Una vez se echó a llorar mientras me lo contaba. Claro que entonces era muy vieja y lloraba por todo lo que le recordaba su juventud.

—Demos la vuelta y vayamos a cazar a otro lado —dijo de pronto el segundo cazador.

La unicornia se metió sin hacer ruido en un matorral mientras ellos volvían sus caballos y no regresó al sendero hasta que volvieron a estar muy adelantados. Los hombres cabalgaron en silencio hasta llegar casi a la linde del bosque; entonces, el segundo cazador preguntó en voz baja:

—¿Por qué crees que se habrán marchado, suponiendo que hayan existido alguna vez?

—¿Quién sabe? Los tiempos cambian. ¿Dirías que esta época es buena para los unicornios?

—No, pero me pregunto si alguien habrá pensado alguna vez que su época era buena para los unicornios. Me parece que he oído historias... pero estaba aletargado por el vino o pensando en otra cosa... De todos modos, no importa. Todavía queda luz suficiente para cazar, si nos damos prisa. ¡Vamos!

Salieron del bosque, espolearon los caballos y se alejaron al galope. Sin embargo, antes de perderse de vista, el primer cazador miró atrás por encima del hombro y gritó, como si pudiera ver a la unicornia de pie en las sombras:

—Quédate donde estás, pobre bestia, porque este mundo no es para ti. Quédate en el bosque y mantén lozanos los árboles y longevos a tus amigos. No hagas caso de las niñas, porque al final todas se convierten en ancianas necias. ¡Buena suerte!

La unicornia permaneció inmóvil en la linde del bosque y dijo en voz alta:

—Soy el único unicornio que hay.

Eran las primeras palabras que pronunciaba, incluso para sí, en más de cien años.

«No puede ser —pensó. Nunca le había importado estar sola y no ver jamás a ningún otro unicornio, porque siempre había creído que había otros como ella en el mundo y a los unicornios aquello les bastaba para no sentirse solos—. Si todos los demás hubiesen desaparecido, lo sabría. Yo también desaparecería. A ellos no puede sucederles nada que no me suceda a mí».

Su propia voz la asustó y deseó echar a correr. Rápida y resplandeciente, recorrió los oscuros senderos de su bosque, atravesó claros inesperados —algunos estaban cubiertos de hierba de un brillo insoportable y otros, de una sombra suave—, consciente de cuanto la rodeaba, desde la maleza que le rozaba los tobillos hasta los rapidísimos destellos azul y plata que producía el viento al levantar las hojas.

«Jamás podría marcharme de aquí, no podría hacerlo, y menos si realmente fuera el único unicornio del mundo. Ya sé cómo vivir aquí, conozco el olor y el sabor de todas las cosas y sé cómo son. ¿Qué podría buscar en el mundo, sino esto mismo otra vez?».

Cuando por fin dejó de correr y se quedó quieta, escuchando los cuervos y el alboroto de las ardillas por encima de su cabeza, se preguntó:

«¿Y si estuvieran escondidos todos juntos en algún lugar lejano? ¿Y si estuvieran ocultos, esperándome?».

Después de aquel primer momento de duda, ya no hubo paz para ella; desde que por primera vez imaginó que se marchaba de su bosque, ya no pudo quedarse en un sitio sin desear estar en otro. Daba vueltas trotando alrededor de la charca, inquieta y desdichada. Los unicornios no están hechos para tomar decisiones. Ella decía que no, y que sí, y otra vez que no, día y noche, y por primera vez empezó a ver que los minutos le pasaban por encima como gusanos.

«No me iré. Que nadie haya visto ningún unicornio durante mucho tiempo no significa que todos hayan desaparecido. Aunque fuera cierto, no me iría. Yo vivo aquí».

Finalmente despertó en mitad de una noche cálida y dijo:

—Sí, pero ahora mismo.

Y echó a correr a través del bosque, procurando no mirar nada ni oler nada ni sentir la tierra bajo sus pezuñas hendidas. Los animales que se mueven en la oscuridad (los

búhos, los zorros y los ciervos) alzaban la cabeza cuando ella pasaba, pero no quería verlos.

«Debo darme prisa —pensó— y regresar lo antes posible. Puede que no tenga que ir muy lejos, pero, tanto si encuentro a los demás como si no, regresaré muy pronto, lo antes que pueda».

A la luz de la luna, el camino que comenzaba en la linde de su bosque resplandecía como si fuese agua, pero cuando lo pisó, al salir de entre los árboles, notó lo duro y lo largo que era. Estuvo a punto de volverse atrás pero en cambio inspiró profundamente el aire del bosque que todavía llegaba hasta ella y lo retuvo en la boca, como una flor, todo lo que pudo.

El camino era largo, no conducía a ninguna parte y no tenía fin. Atravesaba aldeas y pueblos, llanuras y montañas, eriales pedregosos y prados que surgían de las piedras, pero no pertenecía a ninguno de ellos ni se detenía jamás. Hacía correr a la unicornia, tirando de sus patas como la marea, molestándola, sin darle tiempo para escuchar el viento como antes. Siempre tenía los ojos llenos de polvo y las crines tiesas y mugrientas.

En su bosque, el tiempo siempre había pasado a su lado, pero entonces era ella la que viajaba a través del tiempo. Cambiaba el color de los árboles y a los animales que encontraba en el camino les crecía un pelaje grueso que después volvían a perder; las nubes pasaban sigilosas o rápidas, según de dónde soplara el viento, el sol las pintaba de púrpura y oro y la tormenta las hacía palidecer. Dondequiera que fuese, buscaba a los suyos, pero no halló rastro de ellos y no había palabra para describirlos en ninguna de las lenguas que oyó hablar a lo largo del camino.

Una mañana temprano, cuando estaba a punto de interrumpir la marcha para descansar, vio a un hombre que estaba removiendo la tierra de su jardín. Aun sabiendo que tenía que ocultarse, se quedó inmóvil, mirándolo trabajar,